

los cinco primeros siglos se daba únicamente al Sumo Pontífice, fué posteriormente haciéndose común á los obispos y de éstos pasó á los párrocos, y poco á poco en el siglo XII á todos los religiosos. De ahí que se diese á los sacerdotes en general. Acerca del origen de la oración *Per intercessionem*, hay que notar, que probablemente tuvo lugar en los siglos X ú XI, pues en algunos misales del siglo IX, y aun (1) en el Ilírico del X se escribe: *Per intercessionem Sti. Gabrielis*, etc. y en el misal de Colonia de 1133 ya se lee *Sti. Michaelis*; de donde se deduce, que aunque el espíritu de la oración era mucho más antiguo que las fechas prefijadas, no obstante, tal como la encontramos hoy en el rito Romano no se remonta más allá de los tiempos dichos. Los autores de la oración en que se lee á S. Gabriel y la en que se escribe á S. Miguel estuvieron acertadísimos, cuando el primero alude á la aparición de aquel arcángel á S. Zacarías, á la derecha del altar del incienso; y el segundo á lo que dice S. Juan, que apareció un ángel ante el altar, llevando un incensario de oro en la mano, que el autor creyó ser S. Miguel (2).

410. Lo primero que el celebrante incensaba era la oblata, diciendo al propio tiempo: «Suba á ti, oh Señor, este incienso por ti bendito y descienda tu misericordia sobre nosotros». Luego pasaba á incensar el altar del mismo modo que describimos antes, y á la vez recitaba los siguientes versos del salmo 140 (3): «Suba, Señor, derecha mi oración como un perfume en tu presencia; sea la elevación de mis manos sacrificio vespertino. Pon, Señor, una guardia á mi boca, y á mis labios un sello que los cierre por completo, á fin de que mi corazón no declina á palabras de malicia, para buscar excusa en los pecados.» Mientras devolvía el incensario al diácono, añadía: «El Señor encienda en nosotros el fuego de su amor y la llama de la caridad eterna. Así sea.» Entonces el diácono perfumaba tres veces al sacerdote y

(1) Véase el P. Le-Brun, Expositio M., tom. I, art. 7.

(2) Apoc. 8, 3.

(3) VV. 2, 3, 4.

á continuación eran incensados por su orden los ministros, el clero y el pueblo en general. En algunas iglesias de Francia permanece arrodillado el diácono mientras perfuma al celebrante, costumbre que es antiquísima en esos lugares.

411. Cuando esto tenía lugar, el sacerdote iba al lado de la epístola y al lavarse las manos, habiéndole los acólitos ministrado lo necesario, recitaba parte del salmo 25. Su contenido es el siguiente: «Lavaré mis manos entre los inocentes, y rodearé tu altar, oh Señor. Para escuchar voces de alabanzas y cantar todas vuestras maravillas. Señor, yo he amado el decoro de vuestra casa y el lugar donde habita vuestra gloria. No permitáis que mi alma se pierda con los impíos y mi vida con los hombres sanguinarios. En cuyas manos están las iniquidades, y su diestra está llena de sobornos. Yo empero he andado en mi inocencia, redimidme y compadeceos de mi. Mi pie se ha afirmado en la justicia, yo os bendeciré, Señor, en las Iglesias.» Se continuaba con el *Gloria Patri*. Cuando había oblaciones, el lavatorio tenía lugar generalmente antes de la recepción de las ofrendas, á fin de que todo cuanto hubiese de estar en contacto inmediato con las mismas, fuese lo más decente y limpio posible (1). Después del siglo IX, algunas iglesias de Francia y Alemania comenzaron á introducir la costumbre de fijar el lavatorio después de la recepción de los dones; mas, como, luego de verificada la incensación, podían haber quedado menos limpios los dedos, efecto del humo y del mismo incensario, se introdujo un segundo lavatorio terminada aquella ceremonia. Durando habla de estas dos clases de abluciones, de las que á poco tiempo quedó solamente la última.

412. Acabado el salmo, el sacerdote volvía al medio del altar y, profundamente inclinado, recitaba la oración siguiente: «Recibid, oh Trinidad santa, esta oblación que os ofrecemos en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascen-

(1) Órdenes Romanas.

sión de Jesucristo Señor Nuestro, y en honor de la Bienaventurada siempre Virgen María, de S. Juan Bautista y de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de éstos — besa las reliquias que en el altar descansan — y de todos los santos, para que á ellos redunde en honor y á nosotros en provecho; y aquéllos cuya memoria celebramos en la tierra se dignen interceder por nosotros en los cielos. Por el mismo Jesucristo, Señor Nuestro. Amén». Esta oración, dice el P. Le-Brun, fué intercalada en la liturgia en el siglo IX, en gracia de los que ofrecían los dones, (1) la cual se nota asimismo en varios misales de aquellos tiempos.

413. No menos en su total forma es la que á continuación recita el sacerdote, cuando, besando el altar, extendiendo y volviendo á juntar las manos, se dirige al pueblo y dice en un tono medio: «Orad, hermanos, para que mi sacrificio y vuestro se haga aceptable en presencia de Dios Padre Omnipotente;» á lo que el ministro, haciendo las veces del pueblo, respondía: «Reciba el Señor el sacrificio de tus manos para alabanza y gloria de su nombre, y también para utilidad nuestra y de toda su santa Iglesia.» El celebrante contesta: «Amén.» La primitiva Iglesia docente, siempre que dirigía la palabra á la oyente, daba á sus sagrados miembros el dulce nombre de hermanos, y esto mismo ha proseguido en todos los siglos hasta nuestros días. En algunos misales del siglo X, XII y demás siglos hasta el XVII inclusive, se nota que el sacerdote, al dirigirse al pueblo, decía en otra forma, pero con el mismo espíritu: «Orad, hermanos y hermanas, por mí, indigno pecador, para que mi sacrificio» etc. Francia fué la que mantuvo hasta el tiempo prefijado semejante costumbre.

414. Con las manos extendidas, y en el mismo tono de voz recitaba el sacerdote, á continuación, unas oraciones, llamadas *secretas*, en el sacramentario de S. Gelasio y *super Oblata*, en el de S. Gregorio. Son de mucha antigüedad, pues, como podrá suponer el lector, los pontífices men-

(1) Loc. cit.

cionados las pusieron en orden. Á diferencia del rito Romano, se nota en los misales del siglo XII y siguientes, entre ellos, los carmelitanos, cistercienses y dominicanos, que intercalaban en este lugar el *Oremus y Domine exaudi orationem meam*; otros en su lugar dicen: *Dominus vobiscum*. Las oraciones secretas, á más de la propia de la fiesta, eran tantas cuantas conmemoraciones se habían de hacer en la misma festividad. La propia de la festividad del Corpus suena así: «Te rogamos, oh Señor, que te dignes conceder propicio á tu Iglesia los dones de unidad y de paz que bajo los dones ofrecidos se designan místicamente.»

415. Mientras tenía lugar el ofertorio y sus respectivas ceremonias, el órgano alegraba los corazones de los fieles y entretenía su devoción con célicas y armoniosas voces. Teniendo presente su origen y las vicisitudes porque pasó, según dejamos referido, podemos conjeturar, sin improbabilidad ninguna, que su uso en el ofertorio, así como también en los *Kiries, Gloria, Sanctus* y demás partes de la Liturgia, alternando con los cantores, se remonta á los siglos VII y VIII en los que estuvo en bastante apogeo; luego pasaron cinco siglos lo menos sin estar su uso generalizado, hasta que á contar de este tiempo se fué propagando con rapidez asombrosa.

416. Concluídas las secretas, y dejado para el canto el *Per omnia sæcula sæculorum*, el sacerdote entonaba con gravedad este versito, aguardando á que el pueblo respondiera «Amén.»—Luego proseguía: «El Señor sea con vosotros» y el pueblo contestaba lo acostumbrado.—«Elevemos al cielo los corazones,» añadía el celebrante: «Tenemos al Señor;» respondían los fieles.—«Demos gracias al Señor Dios nuestro;» prorrumpía de nuevo el preste; y los fieles: «Digno y justo es.» Á continuación seguía el solemne prefacio ó cántico espiritual por el que el sacerdote daba gracias, bendecía y glorificaba al Altísimo. Es así: «Verdaderamente es cosa digna y justa, razonable y provechosa, el que nosotros, en todo tiempo y en todo lugar, os alabemos, oh Señor Santo, Padre Omnipotente y Eterno Dios.

Porque por el Misterio del Verbo encarnado la nueva luz de tu claridad ilustró los ojos de nuestro entendimiento, para que mientras conocemos invisiblemente á Dios, nos enardecamos por Él mismo en amor invisible. Y por tanto, con los Ángeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones y todo el ejército de la celestial milicia, os cantamos el himno de tu gloria, exclamando eternamente: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Hosanna en las alturas. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas.»

El prefacio, llamado así porque es como el prelude ó introducción al canon, se remonta al principio mismo de la Iglesia. Lo usaron los apóstoles, los santos Padres y la Iglesia universal hasta nuestros días. Es un himno de fe, de honor y de amor hacia el Excelso. Según vimos, lo traen las antiguas liturgias, aun con mayor extensión que en la Romana. Pero, ciñéndonos á ésta sola, según es nuestro deber, diremos, que el principio del prefacio tiene lugar con el *Per omnia sæcula sæculorum*, de la última colecta, á cuyas palabras, el sacerdote extendía las manos sobre el altar; luego cantaba el *Dominus vobiscum*, ó salutación que dirigía al pueblo, el cual respondía la frase acostumbrada. El origen de la salutación en el prefacio se remonta á los principios de la Edad Media; á continuación siguen las palabras *Sursum corda*, á cuyo tiempo el celebrante levantaba las manos con igualdad, de suerte que una estuviese mirando á la otra: estas palabras y el *Gratias agamus*, tienen su origen apostólico. Cuando el sacerdote pronunciaba éstas últimas juntaba las manos, que no las volvía á abrir hasta después del *Dignum et justum est*. Finalmente, al *Domino Deo nostro*, levantaba los ojos é inclinaba la cabeza á la santa Cruz.

417. En esta última posición de manos cantaba el prefacio. En cuanto respecta á nueve prefacios que hoy usa la Iglesia Romana, debemos consignar que los liturgistas no están de acuerdo; unos quieren atribuirlos á Pelagio II, que gobernaba la Iglesia á últimos del siglo VI. Para ello citan una carta suya dirigida á los obispos de Alemania y Francia

en la que se citan. Éstos son: 1.º el de Pascua; 2.º el de la Ascensión; 3.º el de Pentecostés, 4.º el de la Natividad del Señor; 5.º el de la Epifanía; 6.º el de los apóstoles; 7.º de la Santísima Trinidad; 8.º de la Cruz y 9.º el de la Cuaresma. Por este orden están en la carta; mas otros, como el cardenal Bona (1), ponen en duda, no la autenticidad de esta carta, sino la del Pontífice que la escribió, pensando ser otro papa posterior á Pelagio. Sin embargo, no desprecia la autoridad de los que afirman lo contrario, pero sí añade que, si Pelagio ordenó se usasen estos prefacios, al menos ninguna Iglesia los recibió hasta los siglos X y XI. Concuerta con esta razón el P. Le-Brun, (2) el cual afirma que los latinos, desde el siglo VI hasta fines del XI, tuvieron muchos prefacios según la festividad que ocurriese, pero que á contar de principios del siglo XII se redujeron á diez, que son los nueve mencionados, el común, atribuído á S. Gelasio papa, ó á S. Gregorio y el otro de la Virgen, instituído por Urbano II en los Concilios de Plasencia y Clarimontano, celebrado en 1095, que son los once que están insertados en el Misal Romano.

El origen del trisagio que sigue al prefacio, todo el mundo sabe que es angélico, según oyó el profeta Isaías, siendo arrebatado al cielo; pero su uso de precepto en la Iglesia Romana, dicen Nicéforo Calixto y Baronio con otros, se debe al pontífice S. Sixto I, mártir de Jesucristo.

(1) Rerum liturg. lib. II, cap. 10.

(2) Exposit. Missæ, 4 Pars, art. I.